



Pancho, el amigo

No me corresponde a mí recordar los éxitos profesionales de Pancho. Sabido es que fueron muchos a lo largo de su vida. Lo que yo quisiera hacer hoy es resaltar, con una simple pincelada, su faceta humana, su valor de la amistad en el más amplio sentido de la palabra.

Pancho tenía amigos en todos los círculos, en todos los ámbitos sociales, en todas las edades. Todos le valíamos para hacer una tertulia en la que lo mejor era escuchar de sus labios las mil historias y anécdotas que había conocido a lo largo de su dilatada vida. Historias que con frecuencia había que intentar discernir en sus frases entrecortadas, su comunicación gestual y sus muy expresivos silencios.

El amor a esta tierra, a Cantabria, su pasión por Santander, corría por sus venas. Y sólo otra devoción podía desviarle de la prioridad que fue siempre para él esta tierra. La devoción que sentía por Hispanoamérica. Si bien hay que reconocer que su objetivo fue siempre acercar estas dos grandes pasiones que sintió a ambos lados del Atlántico.

Siempre estaba ideando actividades culturales o económicas para estrechar lazos entre Hispanoamérica y España. Y cuando en este empeño surgía la posibilidad de dar prioridad a su tierra, lo hacía sin dudar. Creo que con esa idea creó la Fundación Barcenillas en



estos últimos años en su querido pueblo. Fundación a la que ha dotado con un legado que expresa mejor que ninguna explicación teórica lo que es el afán por unir esta tierra y la América hispana. Y fundación a la que auguro el mejor de los éxitos haciendo realidad la pasión hispano americana de Pancho.

Pancho organizó durante muchos veranos un cocido en su casa de Barcenillas. O quizá sería más exacto decir que lo organizaba en su querido pueblo de Barcenillas. Pues el aperitivo se tomaba en la plaza del pueblo y los invitados tomaban la plaza entera. Esta cita agostea, que empezó siendo una pequeña reunión, fue aumentando el número de comensales hasta convertirse en el evento mas populoso y entrañable del verano donde se reunían familia, amigos y fuerzas vivas de uno y otro signo que al olor del cocido departíamos de lo divino y de lo humano. Y lo hacíamos en un ambiente que sólo podía lograr Pancho con su personalidad, con su cariño y su forma de ser: un poco raquero, un mucho pasiego y un todo señor.

Yo empecé a tratar a Pancho con asiduidad a partir del verano de 1996. Fue entonces cuando él me comentó la posibilidad de fundar en Santander una asociación que procurase la participación activa en la vida cultural de Cantabria de los que podríamos llamar “cántabros-madrileños”. Les daríamos de esa manera una oportunidad de contribuir al engrandecimiento de esta región.



Así, nos reunimos un grupo de amigos y decidimos poner en marcha Plaza Porticada con el carácter de asociación cultural. Antonio Rodríguez Robles fue su primer presidente y yo la secretaria. Pancho, en su más típico estilo de actuar, figuró desde el principio como un simple vocal. Aunque intenté promoverlo a otros cargos más relevantes, jamás conseguí hacer que aceptara el nombramiento para puestos de mayor representatividad que se hubieran correspondido con la actividad que en verdad desempeñaba dentro de nuestra asociación.

Pancho era el alma mater de Plaza Porticada. Siempre estaba dispuesto a escucharte, a darte un consejo, a hacer una gestión para que la asociación pudiera cumplir con sus fines. Nuestra actividad a lo largo de estos catorce años no hubiera estado ni siquiera cerca de lo que ha sido si no hubiéramos contado con su labor callada, casi de tapadillo. Y ello, unido a la aportación de sus grandes ideas, le hacían el factotum de la asociación.

Por todo esto, nosotros, sus compañeros en la junta directiva de Plaza Porticada, además de a un gran amigo hemos perdido al mejor colaborador que teníamos.

Descanse en paz.